

P
U
Z

Literatura



*La marea del
despertar*

Roberto Malo

Literatura



La marea del despertar

La marea del despertar

Roberto Malo

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Literatura

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Roberto Malo

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2024

Diseño de la cubierta: David Guirao
Colección Literatura, n.º 24
Director de la colección: José Luis Calvo Carilla

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-874-3

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1785-2024

A Ana

Uno

Sentí de golpe que empezaba una historia. Lo sentí cuando un desconocido llegó como una tromba hasta mí y me entregó un espléndido ramo de flores. «Para ti, corazón», me soltó con voz afeminada y moviendo su grácil mano derecha como si sostuviese con ella una bandeja invisible. «Eres el mejor», añadió, y me lanzó un beso, se dio la vuelta y desapareció entre la gente, dejándome aturdido, sin poder reaccionar (no todos los días un desconocido me regalaba flores).

Las contemplé: eran rosas verdes, azules, amarillas, naranjas y preciosas. Eran, sin lugar a dudas, las flores más bonitas que me habían regalado nunca, las más exquisitas y aromáticas. Le arranqué un pétalo fragante a una rosa naranja y lo probé: estaba delicioso, buenísimo. Arranqué a continuación toda la flor del tallo y me la llevé a la boca; su delicado perfume embriagó melosamente mi paladar, como un pastel especiado y sensual.

Habría unas cuatro docenas de flores. Me las comí todas en un suspiro, por supuesto, pero me quedé con hambre y busqué con la vista algún lugar donde poder saciar mi apetito voraz.

Localicé al momento las lunas resplandecientes de una acogedora heladería italiana, y en aras de mi estómago insaciable corrí hacia ellas precipitadamente. Una vez dentro, mis ojos se pasearon por las blancas paredes alicatadas y se detuvieron en el cartel del precio de los cucuruchos:

Tamaño pequeño 2 euros
Tamaño normal 2 euros
Tamaño grande..... 2 euros
Tamaño gigante 2 euros

Decidí tomarme uno gigante y posé la vista en el cartel de al lado, que era el de los sabores:

CUCURUCHOS

de cerdo
de oveja
de cordero
de vaca
de buey
de perdiz
de codorniz
de salmón
de besugo

Decidí tomarme uno de vaca y me aproximé al mostrador exento de clientes. La dependienta que lo regentaba abandonó la lectura de una revista de cotilleos y se acercó hasta mí. A juzgar por su aspecto rondaría los cuarenta años y los noventa kilos. Se llamaba Linda —su nombre escrito en una chapa amarilla adornaba el generoso seno izquierdo—, pero era más fea que el culo de un mono.

—Buenas, quisiera un cucurucho gigante de vaca —le pedí con voz de niño bueno.

Ella asintió con un gruñido reprobatorio, tomó un cucurucho con la delicadeza de quien coge un huevo y colocó encima,

suavemente, un gran ojo de vaca completamente redondo, una bola de billar surcada por estrías sanguinolentas. Lo apretó un poco para que no se saliera y me lo tendió solícita.

Mi boca empezó a segregar saliva con fruición solo de verlo: tenía una pinta estupenda. Con un gesto automático, me eché las manos a los bolsillos para pagarlo.

Pero yo no llevaba bolsillos. Al tocarme me di cuenta. Iba en pijama, con los pies descalzos. ¿Cómo había salido a la calle en pijama?

—Lo siento, no llevo dinero... —le dije a la dependienta, avergonzado.

—¿Qué? ¡Pues no hay cucurucho! —atajó con sequedad, añusgándose visiblemente, y se lo empezó a comer ávidamente, para darme envidia y liberar su exasperación.

Sin comprender ni torta, atarantado, salí de la heladería. Pero entonces escuché cantos de sirenas policiales, e instintivamente agucé el oído y escruté la calle en busca del coche policía del que provenía el sonido.

Pero no se veía ningún coche policía por ningún lado. Sin embargo, el ulular de su sirena se oía cada vez más alto, cada vez más, cada vez más...

... Hasta que me di cuenta de que era en realidad el sonido de mi despertador.

Mi despertador.

Estiré una mano lánguida y lo apagué.

Las hilachas del sueño se esfumaron, volaron como jirones de palomas aleteantes y el telón del mundo real se desparramó sin remedio sobre mí.

Ahogué un bostezo con la mano y me liberé del abrazo de mis sábanas blancas. Salí de la cama como un zombi, me arrastré hasta el baño, me despojé del pijama de verano y me metí en la ducha reanimadora. El agua rodeó todos los poros de mi piel, envolviéndome con su vestido transparente, y poco a poco me empecé a despertar del todo.

Al salir de la ducha observé mi cuerpo enjuto y macilento en el espejo del baño: parecía que los huesos se quisieran salir de su envoltorio; observé mi ojeroso y pálido rostro, el pelo rubio despeinado, los apagados ojos verdes, la barba de dos días que me pedía a gritos un afeitado... Me miré, pero no me reconocí. Ese del espejo no era yo; no podía serlo. Yo no tenía una imagen de mí así, yo no me sentía tan desnudo, tan delgado, tan poca cosa... En fin, salí del baño sin darle muchas vueltas (quizás la imagen que yo tenía de mí era una imagen interior) y me vestí rápidamente. Tenía una cita importante: nada menos que el último ensayo antes del concierto. Así que cogí mis dos saxos y me dirigí raudo al local de Víctor.

—Pasa, Jesús —me indicó Víctor haciéndome entrar en su garaje, que irónicamente llamaba «el estudio»—. ¿Qué tal todo, tío?

—Bien, bien.

Mario ya estaba dentro, sentado en un taburete y rasgueando su guitarra acústica.

—Muy buenas, compañero —me saludó.

—Buenas, madrugador.

Llegué hasta la mesa de sonido y saqué los saxos alto y tenor de mis baqueteados estuches.

Víctor, Mario y yo formábamos un grupo de incierto futuro: el Gracias Trío. Los tres, por separado, habíamos tocado en varias bandas de rock, pop y jazz; nos habíamos conocido a través de la música y, con el tiempo, habíamos trabado una buena amistad. En la actualidad, ellos dos tocaban regularmente durante todo el año en diversos grupos. Yo, por mi parte, me mantenía dando clases en un par de institutos, pero ahora al estar de vacaciones de verano aprovechaba para dar algunos conciertos. Como el de esta noche, en el que se iba a plasmar por vez primera, sobre un escenario y con público, la

aventura que Víctor había comenzado hace ya cinco meses. Sí, de él había sido la idea de formar el Gracias Trío, nombre que le pusimos al grupo no porque nos apellidáramos Gracia alguno sino porque sencillamente nos hizo gracia el nombre; nos hizo gracia el pensar en nosotros como tres gracias de la música cuando en realidad solo éramos tres desgraciados que amábamos la música, pero que, lamentablemente, no habíamos llegado muy lejos con ella. De cualquier forma, esta noche —20 de julio del 2002— la sala No Vengas se abarrotaría para ver el concierto de presentación del Gracias Trío. Y pensando esto empecé a tocar el saxofón; acto seguido, Víctor me acompañó al piano y Mario a la guitarra.

Los temas los habíamos compuesto entre los tres. Todos eran instrumentales, aunque a Mario le encantaba tararear la melodía mientras ensayábamos e incluso cantar al compás de la música lo primero que le venía a la cabeza. Desde luego, era un loco romántico e impresentable. Y físicamente era como las guitarras que tocaba: castaño, gordo y bajito.

Víctor era más alto, como yo, tenía el pelo tan negro como la caja del piano y la cara de un niño travieso, aunque a pesar de su rostro infantil era el mayor de los tres (veintiocho años) y el único que estaba casado. Era el alma del grupo, energía en estado puro, y sus improvisaciones eran una auténtica delicia. Como músico brillaba tanto como su sonrisa, ya que había perdido tres dientes en una pelea y al sonreír dejaba ver su piano de teclas blancas y doradas alternantes. Sí, su boca tenía tanto oro que parecía una pequeña joyería. Y sus manos, tanto ritmo como dos orquestas.

Formábamos un trío atípico. «Una formación infrecuente que toca música extraña», como nos definía Sonia a menudo, la tremenda mujer (90-60-90) de Víctor. Ella era modelo y nuestra fan número uno, la única persona que nos aguantaba en los ensayos.

A la una y media terminamos.

—Lo llevamos bien —estimó Víctor—, pero más nos vale hacerlo mucho mejor esta noche. Willy me ha comentado que ya se han agotado todas las entradas.

—¿Todas? —se extrañó Mario, más abrumado que contento.

Willy era el propietario de la sala No Vengas, un local con capacidad para unas doscientas personas; Willy era muy amigo de Víctor, desde hacía muchos años, y su arraigada amistad era la culpable de que esta noche tocáramos allí.

—Andrés, mi vecino, va a filmar el concierto —apunté mientras recogía mis saxos.

—Mierda, nuestro concierto va a pasar a la posteridad —ilustró Mario, todo optimismo—. Ya lo podemos hacer bien.

—Sí, más nos vale, tío —sonrió Víctor, rutilando su sonrisa como la de un galán de película—. Por cierto, Sonia seguro que está preparando la comida. ¿Queréis quedaros a comer?

—No, no —rehusamos Mario y yo a la vez, y es que Sonia y Víctor eran nulos para la cocina—. Es que me tengo que ir —añadí rápidamente, y coloqué mis dos estuches bajo el brazo para rubricar mi exposición.

—Como queráis —aprobo Víctor, que ya contaba de antemano con nuestra negativa—. Pero recordad que tenéis que estar en la sala a las ocho. Probaremos sonido un rato, y a las once...

—Hey, ¿qué pasará a las once? —atajó Mario en son de burla.

—Sí, ¿qué pasará a las once? —insistí sonriendo.

Víctor frunció con desaire el entrecejo. No soportaba que nos burláramos de sus humos de líder; era algo que le sacaba de sus casillas.

—¡Hala, venga, largo de aquí los dos! —masculló echándonos del garaje—. ¡Pero ya!

A trompicones y entre burlas, Mario y yo llegamos a la calle, donde reinaba el silencio azul del cielo de verano.

—¿Te llevo a algún sitio? —se ofreció Mario, señalando su coche destartalado.

—No, gracias. He quedado con Ester.

—Sí, ya la veo. Hasta luego entonces.

—Hasta luego.

Me volví. En la calle desierta, de espaldas a mí, una mujer estaba sentada en un solitario banco de madera. Conocía a la perfección el cabello negro y rizado que le caía levemente sobre sus hombros, ahora perfilado por la luz del sol del mediodía.

—Ester —la llamé.

—Pues sí que has tardado en salir —gruñó volviéndose hacia mí, como impulsada por un resorte.

Típico saludo suyo.

—¿Por qué no has entrado a vernos? —inquirí mientras me acercaba a ella.

—Ya sabes que no me gusta verte abrazado a tu saxo mucho rato —alegó poniendo morritos—. Le prestas más atención a él que a mí.

Sin duda tenía ganas de guerra. Resoplé de forma ostentosa y me senté a su lado.

—Solo piensas en el saxo —continuó ella.

Estaba visto que tenía que defenderme. Pero cuando iba a hacerlo me silenció con un beso; su boca adorable me enmudeció por completo.

—¿Vamos a comer por ahí? —insinuó tras despegar sus labios de los míos, atravesándome con sus vivaces ojos azules—. Yo invito, por supuesto.

—Vaya —sonré—, ¿a qué se debe este honor?

—Esta noche te juegas mucho, cariño. Tienes que comer bien.

Qué guapa estaba cuando me decía cosas así.

—¿Y dónde me vas a llevar? —le dije animado.

—¿Dónde te apetece?

—No sé... ¿Qué tal en aquel chino donde fuimos por nuestro aniversario?

—¿Donde me quisiste quitar la ropa y untar el coño con salsa agridulce? —me recordó sonriendo.

—Ah..., lo había olvidado... Bueno, en el griego que fuimos hace dos meses nos comportamos correctamente. ¿Vamos allí?

Ester agachó la cabeza.

—Nos fuimos sin pagar —objetó.

—Es verdad —chasqué los dedos—, no me acordaba. Lo que sí recuerdo es que cenamos muy bien. En cambio, los pequeños detalles, como que nos fuimos sin pagar... A ver..., ¿y en el italiano que fuimos por tu cumpleaños?

Ester suspiró manifiestamente.

—Te emborrachaste y acabaste bailando con el camarero.

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno, esas cosas pasan muy a menudo en un restaurante. No creo que sea nada grave —impugnó—. Seguro que ni se acuerdan de nosotros. Y además está aquí al lado. ¿Vamos?

Ester dudó.

—Vamos... —convino, como el soldado que accede a fumar el último cigarrillo antes de su fusilamiento—. Y espere-mos que nos hayan olvidado.

Pero no nos habían olvidado. Nada más entrar, al ver la cara de susto que se le puso al camarero —en un segundo se tornó verde—, Ester y yo nos dimos cuenta.

Sonriendo tímidamente, nos sentamos en una coqueta mesa redonda.

A las ocho en punto de la tarde llegué a la sala No Ven-gas. Me abrió la puerta el propio Willy; tenía más de cuarenta años, pero su pelo azul en punta con mechas naranjas traslucía que todavía conservaba el espíritu joven.

—Víctor y Mario están ya dentro —me indicó mientras me hacía pasar.

Esto no me sorprendió lo más mínimo. Yo era siempre el último en aparecer, llegara a la hora que llegara.

Recorrí junto a él la fría y oscura sala y llegué hasta el escenario: el piano y los micros estaban ya colocados. Víctor y Mario estaban sentados en la barra de la sala, algo «colocados» también.

—Tío, ¿has visto qué regalito nos ha hecho Willy? —me dijo Víctor con voz ebria, señalando una caja de botellas de bourbon que había sobre el mostrador.

—¿Quieres hundirnos el concierto? —le dije a Willy.

Tomé una botella de bourbon y me llené un buen vaso.

A las once de la noche la sala estaba prácticamente llena. Algunas personas —amigotes, claro— coreaban entre risas, como instándonos a salir:

—¡Graaaa-cias! ¡Graaaa-cias! ¡Graaaa-cias!

Víctor fue el primero en salir al escenario en penumbra. Salió tambaleándose de acá para allá, con una botella de bourbon medio vacía en su mano diestra. La dejó encima del piano, se sentó desenfadadamente y dijo con voz atiplada:

—De nada.

Y empezó el huracán.

El concierto transcurrió como un disparo; se pasó volando. Sin enterarme, nos encontrábamos ya casi cerrándolo. La última pieza fue una auténtica locura, una pesadilla increíble. No sé si se debió al alcohol que llevábamos encima o a la nefasta influencia de haber tocado en grupos de rock, pero el caso es que Mario, sin venir a cuento, rompió su guitarra acústica al estrellarla contra el suelo en medio de un arrebató de pasión

musical, y luego la arrojó al público, enfervorizado por su acción. Bastante alterado también, Víctor intentó tirar el piano de cola a los espectadores, hazaña que por supuesto no consiguió, y además casi se hernia intentándolo levantar. Yo, por mi parte, lo único que tiré fueron un par de escupitajos a un tipo cejjunto que no cesaba de meterle mano a Ester. Y cuando no supimos qué tirar más, nos fuimos del escenario; algunas personas del público empezaron a gritar, desgañitándose:

—¡Oooo-tra! ¡Oooo-tra! ¡Oooo-tra!

Salimos de nuevo, cómo no, y Mario echó el resto. Rompió otra guitarra como colofón y ahí acabó el concierto, sin posibilidad alguna de continuidad: Mario no tenía más guitarras. Entre efusivos aplausos, bajamos del escenario y nos acercamos a la barra regentada por Willy para celebrar nuestro éxito. Palmadas de entusiasmo sacudieron nuestros hombros, halagüeños comentarios alimentaron nuestros egos. Emocionados, jubilosos, decidimos sumergirnos todavía más en el alcohol.

—Habéis estado geniales —nos felicitó Sonia mientras abrazaba a Víctor.

—Gracias —asentimos Mario y yo. Teníamos cierta habilidad para hablar a la vez.

—Sí, no habéis estado mal —intervino Ester, abriéndose paso entre las muchas personas que invadían la barra.

—Eso merece un trago —opiné, segundos antes de que Ester se lanzara en plancha sobre mí y me besara en la boca: su beso me supo mejor que un buen trago de bourbon. Sin embargo, en cuanto sus labios se separaron de los míos, me serví otro vaso.

—Bebes demasiado, cariño —protestó.

Hice como que no la oía y seguimos bebiendo. Ya estábamos todos en la barra. Solo faltaba Andrés, que no tardó en llegar a nuestro lado, filmándonos con su ojo derecho pegado a su cámara de vídeo. Andrés era un diseñador gráfico en el paro, pero últimamente le había cogido el gusto a lo de filmar.

Índice

Uno	11
Dos	23
Tres.....	35
Cuatro	49
Cinco.....	71
Seis	97
Siete.....	127
Ocho	155
Nueve	171
Diez	197

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en octubre de 2024



Jesús, un joven músico, descubre para su sorpresa que tiene la facultad de ir al mundo de los sueños con las mismas ropas con las que se ha acostado en la realidad. De semejante forma, pronto se dará cuenta de que si se adormece en nuestro mundo con cualquier tipo de objeto irá con él al universo onírico; e incluso puede traerse de vuelta algo del ensueño... Como la curiosidad mató al gato, Jesús empezará a experimentar con los límites de su insólita capacidad, viéndose envuelto en las situaciones más delirantes, peligrosas y divertidas que se pudiera imaginar.

***La marea del despertar* es una novela de fantasía y humor subyugantes, sembrada de imágenes fascinantes y situaciones surrealistas, donde el lirismo de Roberto Malo brilla en todo su esplendor.**



1542

Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

Roberto Malo

(Zaragoza, 1970) es escritor y cuentacuentos. Ha publicado cerca de cincuenta libros. De relatos (*Malos sueños, La luz del diablo, La sonrisa del león, Los soñadores*), novelas (*Maldita novela, Asesinato en el club nudista, El último concierto de David Salas, El rayo rojo*), cómics (*Veo por ti, Los guionistas, Supermala, La revelación, Ventanas, El contador de personas*), de columnas (*Malas firmas, Mala temporada, Malas ideas*), libros infantiles (*Tanga y el gran leopardo, La madre del héroe, El príncipe que cruzó allende los mares, Abaskhia, Leo Circus, Las fiestas del Pilar*), entre otros muchos. Su obra ha sido traducida al francés, portugués, polaco, catalán, gallego y alemán.